

MARTÍNEZ BACHRICH, R. (2011). *LAS GUERRAS ÍNTIMAS*.

CARACAS: LUGAR COMÚN.

Mayra Salazar
Universidad Central de Venezuela
gams138@hotmail.com

El libro de cuentos *Las guerras íntimas* (2011), de Roberto Martínez Bachrich, reúne diez historias que abordan diversas expresiones del amor, la venganza, la muerte, el tedio y la paranoia; sentimientos que confrontan a los personajes y que los hace parecer sujetos inmersos en una suerte de campo de batalla. Situaciones cotidianas que comprometen su estabilidad emocional y que los obliga a entrar en un juego caótico con sus realidades.

El primer cuento nos sitúa en la «Grieta» (11-14) de un apartamento que se abre lentamente con el tránsito del ascensor. Lo que parece un simple agujero se transforma en símbolo de la monotonía que destruye un par de matrimonios. La inminente separación de la primera pareja, conformada por Carlos y Emma, hace que el narrador se cuestione a sí mismo y a su compañera respecto de su situación sentimental. El personaje comienza a sentir la lejanía de su esposa y de sus vecinos, la rutina –que parecía hacerlos felices– se quiebra y produce la ruptura. Hacia el final del texto, el hombre temerá la llegada de una carta proveniente de México, lugar ya precisado (y recomendado) por sus amigos para ejecutar divorcios expeditos.

El tratamiento de las relaciones de pareja resulta una constante en el libro. En «Los gatos negros» (63-69) se nos presenta a los odontólogos Marcos, Martha, Luigi, y el propio narrador, quienes se reúnen semanalmente para compartir historias. Martha es el objeto del deseo de todos los chicos; ella va dejando su huella en los apartamentos de cada uno de aquellos jóvenes en la figura de varios felinos, símbolos de su presencia. Poco a poco, los chicos descubren

a los mininos en sus casas, una situación que genera disputas y celos en el grupo. Cuando le llega el turno al último de los amigos –Luigi–, este desaparece de manera abrupta, lo cual hace pensar a los otros que tal vez fue encadenado a la manutención de una aviesa mascota.

La ruptura deviene así en la situación ideal para recoger historias que se asemejan a los cadáveres de una guerra, seres heridos por el amor que buscan vengar sus sentimientos. Tal es el caso de «Sifilíticos e integrados» (104-124). En este cuento el narrador y Mayra han sido abandonados por sus respectivas parejas (Eugenia y Julián); el primero recibe como *premio* la ingrata compañía de docenas de mortificantes piojos púbicos; la segunda, la ligera sospecha de portar una enfermedad venérea. Por ello, mientras comparten sus angustias en un bar traman una venganza: contagiar los males heredados a sus ex parejas. No obstante, el remordimiento desbaratará el plan, lo cual resulta mejor porque de otra manera los verdaderos afectados podrían haber sido ellos, Mayra y el narrador, ya que, según el argumento del cuento, las nuevas parejas de Eugenia y Julián son las portadoras de aquellas afecciones.

Otro personaje que sufre las desdichas de una separación es el narrador de «Aguas perdidas, aguas encontradas» (33-46), quien viaja a Choroni con su amigo Ricardo en busca de paz y reflexión, y no en son de juerga, como suele suceder en estos casos. Sin embargo, Luisana, su vecina de carpa, no piensa igual: ella buscaba algo más. Una mención a los tormentos amorosos vividos por el narrador explica por qué este no termina de acercarse a Luisana hasta el momento en que una ola lo hunde casi hasta la muerte, de donde resurge con un panorama más claro.

Si el protagonista del cuento anterior halla respuesta en las ondas marinas, la pareja de «Wave» (57-61) encuentra la muerte en una de ellas. Verónica y el narrador desafían a todos aquellos que les advierten no ir a las playas de Coro dada la amenaza de tormenta que azota la costa. Los personajes engañan a sus familiares e incluso a la policía solo para satisfacer sus deseos juveniles y carnales. La rebeldía propia de la edad es lo que predomina en este cuento donde la falta de raciocinio termina ahogada en una ola.

Según la conseja popular, la historia la escriben los ganadores; sin embargo, en el relato «Como olvidar las perdices muertas» (25-

32) la voz del narrador es la de aquel que pierde la batalla. Rodríguez, artista de la corte real, recuerda a las mujeres con las que ha mantenido relaciones (la mayoría, damas de la realeza); medita sobre la vida errante que ha llevado y concluye que es momento de cambiar lo anterior por una existencia más estable y sencilla; esto sucede mientras se va de cacería con su último cliente: un duque. Así, el cazador se convierte en presa, no eran las perdices lo que le interesaba al monarca, pues este conoce la reputación de casanova del pintor. Después de una clara explicación sobre cómo matar un ave sin dolor y sin agriar su sabor, el duque dispara para producir una muerte lenta que evitará que la duquesa sea la nueva musa inspiradora de adulterios.

Otra venganza ocurre en el cuento «Los colores oscuros» (15-24). Allí se nos presenta la historia de dos hermanos que al quedar huérfanos pasan al tutelaje de su tía Tania, quien los educa con mucha severidad. Los muchachos crecen y deciden revelarse; así, traman la mejor forma de matar a su tía; el método escogido: la preocupación. Un viaje a México donde abundan las drogas, problemas con la policía, embarazo no deseado, maltrato, son algunas de las historias que se inventan los chicos contra su tía. El plan cumple su cometido y Tania se suicida dejando una herencia que sus victimarios *psicológicos* disfrutarán como compensación por el secreto que con tanto recelo guardó su pariente.

Por lo común, la muerte resulta parte de todo combate; estas «guerras íntimas» lo corroboran. El deceso más trágico lo encontramos en el relato «Blanco» (89-104), cuya narración juega con el suspenso y se aproxima al género fantástico. La enfermera Leticia Blanco fallece a causa de una colisión contra un camión. Sus compañeras de trabajo enseguida lamentan la noticia, pero a una de ellas pareciera no importarle mucho: Verónica Méndez, a quien la occisa le había prestado dinero unos días antes y que ahora, luego de la defunción de Leticia, se veía librada de pagar. Sin embargo, la conciencia de Verónica empieza a trabajar creando fantasmas que la persiguen y acorralan, logrando que la enfermera Méndez visite a la familia Blanco para saldar la cuenta -monetaria y personal- que tenía con los familiares de Leticia.

La locura y las alucinaciones son producto del conflicto interno del protagonista de «La densidad de las mesas» (47-56), historia que nos muestra cómo el narrador va desequilibrándose

psíquicamente cuando cree que las mesas quieren asesinarlo. La paranoia del personaje ha tenido su fijación en diversos objetos y etapas: los libros de tapa de cuero, los televisores, las plantas... La más reciente de estas situaciones es el rechazo a los muebles de madera, los cuales parecen perseguirlo: siente que lo acorralan y espían, circunstancia que lo lleva a lanzar todas las mesas y escritorios por el balcón de su apartamento e incluso a lanzarse él mismo.

Finalmente, el cuento «El otro mar» (71-87) cristaliza en una vivienda y en una familia asediada por una guerra externa al mundo interior de los personajes. En este caso el referente es el período previo al ascenso de Mussolini; el narrador describe los acosos vividos por los sujetos cercanos a él, las agresiones que sufrió su tía por ser militante de la resistencia y cómo a partir de esta secuencia de abusos la familia decide emigrar a otro continente. La reflexión se suscita cuando el personaje principal se reconoce en un mar que es de aquí y de allá (Margarita e Italia), un mar trasatlántico donde confluyen sus colores y sus recuerdos. Recuerdos que quedan intactos ante la confrontación de dos situaciones disímiles: su mortífera rutina en Masala –pueblo italiano donde vivían– y la novedad de un país que es percibido como el de las oportunidades. La difícil salida de Europa y la llegada a Venezuela forma parte de la reconstrucción mental hecha por el personaje.

Para terminar: *Las guerras íntimas* es un libro que mantiene una línea de fuego constante contra las vicisitudes a las que solemos enfrentarnos. No es el hombre contra el mundo, sino contra sí mismo; aquí la salvación no parece ser una opción clara, pues nadie pierde y nadie gana. ¿Justicia? Quizás ante el mismo relato. En síntesis, Martínez Bachrich nos ofrece una trinchera entre sus líneas para que hagamos frente a nuestra predecible (¿torpe?) humanidad.